

## *¿Qué hacemos con las estatuas?*

El movimiento antirracista está derribando los símbolos de las que considera opresiones pasadas. Pero es preferible mantener esos **testigos** y hacerlos **inteligibles** para que se sepa cómo y por qué se construyeron

Las estatuas importan. Nos hablan del pasado, pero también de lo que ocurre en el presente y de cómo nos imaginamos el futuro. Cuando se erigen, se utilizan, se mueven y se eliminan. En las revoluciones y protestas contemporáneas, la violencia **se ceba en** ellas: son **pintarrajeadas**, destruidas, mutiladas. Todos recordamos la **estrepitosa caída** de la efigie de Sadam Husein en 2003, sello de la victoria en la invasión de Irak lanzada por George W. Bush y sus aliados. En abril de 1931, la proclamación de la Segunda República española **se vio acompañada por** una ola iconoclasta que acabó en pocas horas con los **emblemas monárquicos**. La multitud derribó en Madrid la figura ecuestre de Felipe III, en la Plaza Mayor, y arrastró por las calles la de Isabel II, que, no sin ironía, fue a parar al convento de las Arrepentidas. El fin de un orden político, víctima de la ruptura, suele borrar del espacio urbano sus símbolos para **sustituirlos por** los de la nueva situación.

Aún no sabemos si el movimiento antirracista **desencadenado en** Estados Unidos — y con repercusiones en otros puntos del planeta— cambiará algo substancial, pero por ahora ha malogrado los monumentos a los generales confederados en la Guerra de Secesión, **adalides de la esclavitud**, y algunos de los consagrados a Cristóbal Colón, cuya **gesta** se considera el inicio de un genocidio étnico. Tampoco parecen a salvo otras muchas estatuas relacionadas, de un modo u otro, con el racismo y la supremacía blanca, como las de Leopoldo II de Bélgica, colonizador del Congo, o incluso las de Winston Churchill, que **defendió con ardor**, además de la democracia parlamentaria frente al nazismo, las virtudes del imperio británico. **Sin necesidad de**

un **trastorno radical** en los regímenes correspondientes, la sensibilidad social ha mutado y **nos aboca a un debate** sobre qué hacer con esos elementos simbólicos, que pasan desapercibidos en mitad del paisaje hasta que un trastorno cultural como este los hace de repente visibles y polémicos.

Esta discusión pública debería tener en cuenta al menos dos dimensiones del asunto: la estrictamente política y la patrimonial. Por un lado, cada monumento supone honrar a un personaje o un hecho histórico que representa los valores de la comunidad, o al menos de su sector dominante, de la ideología que sea. Desde luego, el nacionalismo ha sobresalido por su incansable producción monumental, dedicada a **cantar las glorias** de la patria, sus **momentos fundacionales**, las luchas con sus enemigos y a sus héroes y mártires. No es casualidad que Berlín **dedique** una enorme columna a las victorias sobre Austria y Francia, o que en las Américas abunden los retratos de los prohombres de la independencia. Eso que llamamos **de manera imprecisa** memoria colectiva o histórica, y que sería mejor denominar relatos compartidos sobre el pasado, **se nutre de** episodios materializados en una *estatuomanía* que **eclosionó** en el siglo XIX y aún persiste.

Los problemas sobrevienen cuando una parte de la sociedad se rebela contra la imposición de esos relatos o cuando un cambio político **los trastoca**. Una minoría no soportará la exaltación de sus opresores, los demócratas **abominarán de los homenajes** a las dictaduras. Hay casos que, por su **extremosidad**, no admiten discrepancia: sólo unos pocos tolerarían una estatua de Adolf Hitler. Pero, fuera de esas excepciones, todo está sometido a deliberación, posible tan sólo en democracia. Resulta difícil, por ejemplo, cuestionar en China las efigies de Mao Zedong, cada vez más gigantescas. Si triunfa el movimiento contra el racismo, los monumentos a sus **encarnaciones más señeras** desaparecerán, de manera inevitable.

Entre ellos los de Leopoldo II, cabeza de un negocio colonial que se llevó por delante las vidas de millones de personas, sometidas a una explotación de **crueldad infame**, como denunció en su día Roger Casement, investigó después el historiador Adam

Hochschild e ilustran las novelas de Joseph Conrad y Mario Vargas Llosa. Lo que no está claro es dónde poner el límite, pues eliminar las referencias a cualquiera que **comulgase con la esclavitud** obligaría a desmontar en Francia la tumba de Napoleón Bonaparte, que la restableció en 1802, o a **defenestrar a los *founding fathers* norteamericanos** que poseían plantaciones, como ha comenzado a ocurrir con George Washington. Enmiendas en toda regla a las respectivas memorias nacionales.

Por otro lado, las estatuas pertenecen al patrimonio común, no sólo por sus méritos artísticos —que también— sino como parte de una historia que **ha de comprenderse** en su contexto, lo cual no significa ignorar sus lados oscuros. Un proceso más complicado aún que renovar el callejero. En este sentido, resulta preferible mantener esos testigos y hacerlos **inteligibles** por medio de las explicaciones pertinentes, que **cuenten** cómo y por qué se construyeron. Cuando las heridas abiertas **impidan** esa **contextualización *in situ***, en vez de destruirlos o almacenarlos lejos de cualquier mirada, sería conveniente su traslado a un museo, con fines didácticos. En Moscú y en Budapest se llevaron las esculturas de la época comunista a parques que sobrecogen al paseante con sus muestras de realismo proletario. En cualquier caso, tanto las **políticas memorísticas como** las **patrimoniales han de respetar** la pluralidad interpretativa, fluida y perfectible, y no caer en la tentación del adoctrinamiento.

En España no nos libramos de estos dilemas, sino que las circunstancias nos **obligan** a afrontarlos. Hemos empezado con los signos y monumentos franquistas, cuya obra cumbre, el Valle de los Caídos, está destinada a convertirse en una instalación museística donde se **cuenten las ínfulas** de la tiranía y su empleo de prisioneros políticos. Una vez exhumados los restos del dictador, casi nadie propone ya su demolición. Pero nuestra historia también **alberga reminiscencias** imperiales y esclavistas. Barcelona se enfrentó a ellas, sin demasiada sutileza, al retirar la imagen del marqués de Comillas, acusado de negrero. Aunque el capítulo más delicado

vendrá cuando se plantee en serio qué hacer con Colón y con las demás huellas de la empresa americana.

Queramos o no, esa epopeya ocupa un lugar central en la identidad española y a ella se dedica, no ya un buen puñado de vistosas estatuas, sino la mismísima fiesta nacional. Hasta ahora, **la voz cantante la han llevado** los que reivindican la *leyenda rosa* frente a la *negra*, **jaleados** por el españolismo mediático y académico en el combate contra el desafío independentista catalán. Ahí están las ofrendas *kitsch* a Blas de Lezo o a los últimos de Filipinas que **han brotado** en las plazas de Madrid. Tal vez **sea** hora de plantearse la cuestión en otros términos, que, en vez de preocuparse tan sólo por establecer quiénes se merecen o no las estatuas, o de promover su destroz, **favorezcan** el conocimiento de su significado histórico.

**Javier Moreno Luzón** es catedrático de Historia en la Universidad Complutense de Madrid.

#### PREGUNTAS:

1. ¿Estás de acuerdo con el autor en que hay que sopesar el tema desde el punto de vista político y patrimonial? Justifica la respuesta.
2. ¿Qué debemos hacer con estos elementos simbólicos?
3. ¿Coincides con el autor en que 'memoria colectiva o histórica' no es un término adecuado?
4. ¿Crees que el movimiento antirracista actual ha cambiado o cambiará algo substancial a nivel nacional o internacional?
5. Compartes con el autor la conclusión a la que ha llegado? Justifica la respuesta.